

que ha tenido más funestas resultados en la historia contemporánea.

Pretende ser el vocero de la opinión colectiva, es decir de las pasiones multitudinarias, de las ideas chabacanas, de los gustos descastados. Y, en este sentido, lo es amplia y lamentablemente. Pero es algo más: es un maravilloso aparato de dominio espiritual, manejado por las minorías financieras, por los poderes imperialistas que precipitan los conflictos materiales de la civilización: las crisis industriales y bursátiles, la desocupación obrera, las guerras, las intervenciones colonizadoras, etc. Mientras las democracias votan, las plutocracias gobiernan. La Prensa extiende sobre el mundo moderno una pavorosa red de mentira.

El sitio que tiene indebida y perniciosamente la Prensa debiera ocuparlo la Universidad.

Para ello tiene la Universidad que intervenir en la actualidad como tal Universidad, tratando los grandes temas del día desde su punto de vista propio—cultural, profesional y científico—. De este modo no será una institución sólo para estudiantes, un recinto *ad usum delphinis*, sino que, metida en medio de la vida, de sus urgencias, de sus pasiones, ha de imponerse como un *poder espiritual* superior frente a la Prensa, representando la serenidad frente al frenesí, la seria agudeza frente a la frivolidad o la franca estupidez. Entonces volverá a ser la Universidad lo que fué en su hora mejor: un principio promotor de la historia europea.

Con estas palabras termina el breve folleto de Ortega y Gasset, denso de sugerencias interesantes para los que en nuestro país se preocupan de los problemas de la cultura y del porvenir de la Universidad.—EUGENIO GONZÁLEZ R.

## DESVERGÜENZAS LITERARIAS. EL PROLOGO

**J**OAQUIN Edwards Bello escribió el prólogo de un libro chileno publicado recientemente. En él se las da de oficiante en no sé qué óleos y conversa con el catecúmeno del siguiente modo:

Todo en ti dice al escritor: tienes espíritu crítico, posees la triste manía del análisis. Pero he de decirte con sinceridad que tu palabra, tu persona, es un libro más interesante y produce mejor impresión que tu novela, tu primera novela.

A juicio nuestro, tales palabras en buen romance vienen a significar poco más o menos: eres un buen muchacho, pero por favor no escribas y menos publiques lo que escribas. No lo

entendió así el escritor novel, que lanzó su obra al mercado, enarbolando como un gallardete de triunfo, como un salvoconducto, el prólogo epigramático. El resultado de esta aventura ha consistido en un acuerdo universal; por desmedrada y falta de relieve que sea la persona del autor siempre ha de despertar mayor interés que su novela. Esto apenas y lleva a reflexionar acerca de prologuistas y prologados.

Es necesario tener en cuenta el religioso afán con que un muchacho concibe y traza el esquema de su primer libro. El fervor con que escribe cada página. La angustia con que espera el veredicto de la crítica. La saña implacable con que se entrega a la lectura privada de su obra, antes de que esta salga a la circulación, deseoso de lograr un anticipo del juicio que ella va a merecer. Y la tenacidad con que algunos persiguen las cuatro palabras de presentación que estiman indispensables. Bien es verdad que esto último sólo se produce en el caso de aspirantes a literatos, cuya mediocridad puede equipararse a la gente del mundo social que solicita invitaciones a las fiestas, como si el no figurar en ellas les acarrearía grave perjuicio.

En esta oportunidad cabría divagar acerca de la diferencia entre ambiciosos y vanidosos que señala Ricardo Baeza. Las gentes que aspiran a realizar una obra y aquellas otras que se contentan con figurar como si la hubieran realizado. Los autores que aspiran a causar asombros. Y los que compran a precio de oficiosidades, invitaciones y majaderías, la etiqueta correspondiente, para aparecer como si hubieran logrado aquello. Y a más de vanidad, provincianismo, desconocimiento total del valor literario, que siempre sale a superficie, aun cuando pase inadvertido durante una época. Y en el caso que comentamos, una ingenuidad conmovedora, que se enorgullece, como de un elogio, de la consagración satírica.

Pero no siempre es así; a veces, la impertinencia y la majadería de este género alcanzan a literatos extranjeros de cierto renombre, y llegan a un extremo intolerable. Hay quienes esperan el viaje a Chile de alguna celebridad de las letras para agasajarle, mostrarse con ella, y luego, tras unos cuantos convites que obligan la buena voluntad y la educación del festejado, le espetan la solicitud. Sucede entonces que el literato famoso se niega, una, dos, tres veces. Pero son voces de mujer las que piden y hay que ser galante. El autor novel—esta vez la autora novel—no cesa. Rodea de influencias al personaje, le escribe, le telefonea, se le aparece sorpresivamente en todos los sitios a que concurre. Y son tantas sus requisitorias, que el literato ilustre, al dejar la bahía de Valparaíso, respira aliviado,

como quien logró salvar de un peligro grave. Vana ilusión. Continúa el acoso. Cartas y telegramas insisten en la solicitud, con melosas frases, con recuerdos nostálgicos, con cursilerías de literata. Los calores del trópico contribuyen acaso a doblegar la energía de don Enrique Díez Canedo. Y desde el Ecuador envía el prólogo consabido, destinado a *La voz infinita*. En él se evidencia la tenacidad de la persecución, la vanidad, el provincianismo de la autora, que no vaciló en descender al pedigüenismo para que le dijera el literato español: *Yo, que no lo conozco (al libro), pero sí a su autora...* Como si fuera preferible conocer al uno, sin la otra. Y finalmente: *Lector, con la misma curiosidad que tú, voy yo a leer estas páginas*. De este modo quedamos en paz, habrá pensado para sí el señor Díez Canedo; y tú, lector, no me echarás la culpa de este infundio.

Mas a la iniciación dificultosa sigue el fácil ejercicio del pecado. Un nuevo libro de la misma autora, *La Cenicienta del Jazz*, se ha publicado no hace mucho con un epígrafe de don José Francos Rodríguez. Las atenciones que éste recibiera en Chile, durante la celebración del centenario de Magallanes le obligan a muchas cosas; y su acuse de recibo, comedido, galante, da muestra de ello. Pero esto no basta; al epígrafe mencionado se une una entusiasta frase de Barbusse, en pose de eterno candidato, dilapidador de sonrisas y de elogios. Y finalmente, a todo lo anterior se agregan unos versos de don Alfredo R. Bufano, que demuestra con ellos ser un mal poeta y un buen amigo de la autora. En su *Romance*, nada dice del libro: todo ditirambo va dirigido a la belleza de la autora, a los ojos chilenos, a las afinidades espirituales, a todo lo que no puede captar la crítica literaria.

No finaliza aquí el capítulo de las solicitudes más o menos humillantes y de los prólogos pintorescos. Hay ingenuos provincianismos que conmueven, majaderías que irritan; pero hay también desvergüenzas que desconciertan y merecen los más duros calificativos. Tal el caso de cierta autora que tiene en su haber cinco obras publicadas. Se resignó en la primera de ellas, *Memorias primaverales*, a una modesta introducción de su puño y letra. Y acaso cifró en este primer libro sus esperanzas de conmover al mundo. No fué así, sin embargo; nadie se dió por advertido de tal libro. Y su autora quiso darnos una lección a todos los que no comprendimos su genio, mostrándonos la resonancia de su voz en el extranjero. Lanzó entonces un segundo libro —*Alma Mística*—editado en Madrid con prólogo de Jacinto Benavente y epígrafe de Marquina, que nosotros no hemos podido obtener. Toma vuelo la aventura y con ella

cobra bríos la aventurera. En su tercer libro—*El Magno Amor*—figura un prólogo de D'Annunzio, en el que se leen cosas tan peregrinas como esta:

Sara Bernhardt, la irremplazable, me hablaba en sus cartas de la novelista chilena con el entusiasmo confeso de los que se acercan a los brazos de la Parca. La alondra de la América del Sur revolucionó a la Academia Francesa con esa obra que canta a la Provenza. (Se refiere acaso a *Alma Mística*.)

La ilustre actriz francesa estampó en sus *Memorias* la confesión de no haber leído ni uno solo de cuantos libros le enviaran sus no menos ilustres amigos literatos; reconociendo que al recibir las obras se limitaba a repasar ligeramente las dedicatorias, enviarlas a la encuadernación y colocarlas en determinados anaqueles. Y ha habido una novelista chilena que supo despertar tal entusiasmo en esta mujer excepcional, que la indujo a leer su libro y a comentarlo con su grande amigo (?) el Príncipe de Monte Nevoso. Y todo esto, después de haber producido una verdadera revolución en la Academia Francesa, de la cual no nos habíamos enterado. Mas no se asombre el lector, que en cuanto a revoluciones producidas por esta *alondra de la América del Sur* queda aún mucho por ver.

Nuestra vieja Europa—dice D'Annunzio—coronó sus sienes; la diosa esquiua de la fama la protegió bajo su manto: y sola la viajera cruzaba los continentes, esculpiendo en el papel las sensaciones; y con la antorcha de su genio, belleza y virtud, iba incendiando al mundo.

Bien hacen quienes apostrofan a los chilenos su desconocimiento de los valores que poseen. He aquí la prueba. Mientras discutimos, junto al rescoldo hogareño, cuestiones mínimas, una compatriota nuestra cruza sola los continentes e incendia al mundo, sin que nos demos por enterados. Y ahora viene lo bueno; lo de las revoluciones.

En Agosto de 1922—siempre es D'Annunzio quien afirma—publicó en Madrid *Alma Mística* concebida con lírica prosa para desterrar a las playas del olvido al anarquismo imperante. En Octubre del mismo año, el Rey Víctor Manuel daba pródigo el Gobierno itálico a Mussolini, el hombre de la nueva teoría. La ley de transmutación empezaba para Europa, después de los días vengadores de Fiume. En España el ideal renovador de *Alma Mística* conmovió al Príncipe de Baviera, y el 13 de Septiembre de 1923 el golpe de estado de Primo de Rivera barría ladrones, hipocresías y vilezas, librando a la Corona del peligro anárquico.

Nos hallamos, en consecuencia, ante una nueva interpretación de la historia contemporánea. El hombre de la nueva

teoría, Mussolini, recibió al poder de manos del Rey, debido a la prosa lírica de la novelista chilena, a quien llama el autor de *El Fuego: Dominadora del mundo... alborotadora de multitudes*. Y gracias a la emoción experimentada por el Príncipe de Baviera y Borbón, triunfó el golpe de mano de Primo de Rivera. La prosa lírica del pajarito sudamericano logró desterrar a las playas del olvido al anarquismo imperante. Y seguramente, por galantería, el poeta italiano silencia el hecho trascendental; tal vez por no revelar la edad de la autora de *El Magno Amor* no nos dice que engendró a la revolución francesa.

No es esto todo sin embargo:

El Príncipe de Gales, el jinete doce veces trágico, cura de una neurastenia que alarmaba al pueblo inglés con *La Sonámbula*.

(Otro libro de tan genial escritora.) Y de este modo, una novelista chilena, logra nada menos que incendiar al mundo, revolucionar a la Academia Francesa, crear el fascismo y la dictadura española, curar la neurastenia del Príncipe de Gales y tranquilizar al pueblo inglés...

He nombrado varias veces a D'Annunzio, a propósito de esta historia. Pero es menester que hasta la mejor de las *boutades* reconozca límites. O se me autoriza para declarar que el Príncipe de Monte Nevoso se encuentra en plena demencia, apto para ser encerrado en el hospicio; o se reconoce que este prólogo es falso, de toda falsedad, y que su autora merece el calificativo que le aplicamos sólo *in mente*, por ser una mujer y vernos obligados a cierta decencia al escribir para el público.

La pasión revolucionaria de esta señora es algo atroz. No conforme con los conflictos suscitados en la Academia Francesa, en Italia y España, escribe acerca de Rusia, tal vez deseosa de producir allí un nuevo cataclismo. Su último libro, *Fin de la dinastía rusa*, trae un prólogo de Máximo Gorki, escrito en español, y en el cual el novelista famoso declara no serle de difícil lectura el castellano purísimo de la novelista chilena. Si no tuviéramos muchos testimonios de la ignorancia de Gorki respecto de los idiomas extranjeros, que se encuentran consignados en muchos libros de memorias—entre ellos, uno reciente: *Mi vida*, por León Trotsky pág. 212—, con el solo antecedente del prólogo d'annunziano pensaríamos en la falsificación. Aun más, el ditirambo que la autora del libro se consagra a sí misma, bajo la firma de Gorki, nos autorizaría a ello:

Encierra (la autora) la imaginación descriptiva de Gogol, el fervor analítico de Dostoyewsky y la justicia despiadada de mi grande amigo el conde

Tolstoy. Parece un perfumista oriental que derrama en la página un extracto concentrado y rico.

Cualquiera, a primera vista, puede negarse, con toda razón, a creer que el novelista ruso haya alcanzado este extremo de cursilería. Y por escasa imaginación que se tenga, puede figurarse, hasta el quidam más quidam, que quien tuviere las cualidades de tales genios máximos—Gogol, Dostoyewsky, Tolstoy—constituiría un caso de asombrosa excepción. Los que hemos descubierto el rasgo caligráfico que revela la falsificación in-noble, tenemos el derecho de pensar que nos hallamos ante quien explota la ingenuidad de los tontos, haciéndoles saber que ha incendiado el mundo sin que este se consumiera, y pretende instaurar su iglesia milagrosa, con sacerdotes, procesiones, tufaradas de incienso y negocio de reliquias. Felizmente no todos son tan cretinos como la *alondra de Sudamérica* se imagina. Y, de acuerdo con el precepto evangélico, algunos medimos con la vara con que se nos mide.—F. ORTÚZAR VIAL.

## LA NOVELA DE LOS HOMBRES SIN CLASE

**P**AZ, la última novela de Ernesto Glaeser, aborda el problema de la burguesía alemana. El problema de la resistencia a la teoría marxista. Pero mejor sería afirmar que es la novela de la desorientación social después de la guerra. En su libro anterior, *Los que teníamos doce años*, había dado ya la imagen del reflejo de la guerra detrás del frente, en las ciudades alejadas del torbellino, en las aldeas silenciosas, en medio de los grupos humanos que no participaron en la lucha, pero que sufrieron con mayor angustia las consecuencias de la catástrofe. Esa novela fué una acusación implacable contra los que manejaban la guerra. Mujeres, ancianos y niños vivieron en la tristeza, en la desorientación, sufriendo atrocidades y miserias, sintiendo desvanecerse, poco a poco, la fe y el ideal.

*Paz* es el despertar de la idea revolucionaria contra el capitalismo que desencadenó la hecatombe y el regreso de las tropas vencidas y agotadas que invadían las ciudades en busca de la paz material.

Glaeser inicia su relato amargo e irónico en el instante en que los ídolos del pueblo alemán se derrumban. Todos los cálculos de la guerra habían fallado. El pueblo había puesto su fe en el Kaiser y el Kaiser había huído. Había puesto la fe en la justicia de la causa, y detrás de la justicia de la causa se recor-